

Cuento

Taller de Narrativa Coordinado por Silvia Molina

EL CENTINELA

por Miguel Ángel Sánchez Bedolla

— ¡Alerta uno! se oyó a lo lejos.

Era ésta una noche cerrada, punteada apenas por algunas estrellas. Se oían, una tras otra, las voces de alerta de los centinelas. El frío no dejaba mover al vigía, sólo temblaba, tal vez, también por el miedo. Recordó las instrucciones del cabo de guardia:

Mira muchacho, la tarea de centinela es muy importante, de ti y de toda la línea de centinelas depende la seguridad y el descanso del ejército . . .

— ¡Alerta dos! se escuchó más cerca.

Habían caminado todo el día. En la tarde, cuando se detuvieron dispuestos a descansar, el sargento le asignó al vigía la tarea de cavar trincheras. Agotado sintió que el sueño y el frío se mezclaban con la negra soledad.

. . . haz respetar la consigna, marca el alto, pide santo y seña, y si no te responden dispara . . .

— ¡Alerta tres! dijo alguien cerca.

— ¿Qué hago aquí? — Si hubiera sabido que era esto de la milicia, no le entró— decía, desesperado, el centinela.

. . . no debes sentarte ni dejar tu arma ni comer ni fumar ni platicar. Nada que te distraiga de la vigilancia . . .

— ¡Alerta cuatro! contestó otro centinela.

Apenas se oían los lamentos del temeroso guardia: “De día, no me da miedo tener de frente al enemigo, lo veo y puedo defenderme; pero de noche, no se sabe ni por dónde le van a llegar a uno”.

. . . observa la más estrecha vigilancia . . . tienes que defender tu puesto a fuego y bayoneta . . .

— ¡Alerta cinco! repitieron casi a un lado del vigía.

. . . la falta de cumplimiento de los deberes del centinela es uno de los delitos castigados con mayor severidad. Debes estar listo para evitar cualquier sorpresa . . .

Tenía entumidas las piernas; fría, hasta la médula de los huesos. El cabo le había dicho que cada dos horas sería el cambio de guardia. Las voces de alerta debían repetirse cada 15 minutos por toda la línea. Ahora le tocaba a él:

— ¡Alerta seis!

La débil voz del centinela apenas se oyó entre la línea, porque el frío le agarraba las quijadas; y el miedo, la voz. De pronto oyó un ruido: dio la vuelta de un brinco y gritó:

— ¿Quién vive?

Nadie le respondió; el miedo lo sacudía. Seguía oyéndose el crujir de las yerbas cerca de él. Gritó de nuevo, dispuesto a todo.

— ¿Quién va?

Por toda respuesta se escucharon los pasos de alguien que se aproximaba.

Nervioso ordenó:

— ¡Alto o disparo! Voy a disparar . . .

—No me mate soldado, si no ¿quién lo releva?

GAJES DEL OFICIO

por Maricruz Espinoza

Me quedé mirando la manchita de sangre que destacaba sobre el fondo oscuro de la sartén; hacía vivo contraste con el amarillo de las yemas y el blanco translúcido de las claras a medio cuajar. Traté de retirarla con un tenedor pero lo único que logré fue desbaratarla en hilillos musilaginosos. Rompí el